

David Perry B.

Guillermo Labarca Hubertson (1)



AS sociedades en formación no permiten que el escritor se consagre por entero a su misión augural y le obligan a repartir su labor en diversas direcciones. Generalmente en nuestra América el escritor se dobla en político, sociólogo, asumiendo también a menudo un oficio remunerativo para subsistir. Así nuestro escritor es jánico y proteico, encara a la sociedad con la pluma, la palabra y la acción. El escritor puro en nuestro ambiente es escaso. Habría que pensar en poetas como Herrera y Reissig, que vivió en la áurea soledad de su Torre de los Panoramas; en Asunción Silva, que sólo interrumpe su divagación sonámbula para una breve función diplomática; en los que, amados de los dioses, murieron jóvenes y no alcanzaron a inmolar su reino de sueños y quimeras a una sociedad despiadada y materialista.

En las colectividades maduras y de acendrada tradición, el escritor puede serlo exclusivamente y cumple con creces su misión en la sociedad, a la vez que la sociedad cumple generosamente con él, sin más que seguir su vuelo lírico, dar libre curso a su vir-

(1) Con este estudio, "Atenea" se asocia al sentimiento colectivo que suscitó la muerte de este prestigioso político, escritor y educador, acaecida el 8 de noviembre último.

tuosidad expresiva, entregando su canto a colectividades que necesitan intérprete y guía. Wilde, d'Annunzio, Shelley y tantos otros, son artistas puros y cumplen rica misión con su arte orientador y depurador de la vida. El éxito literario, por otra parte, garantiza el triunfo económico y social y el ser de excepción, dotado de una rica sensibilidad filosófica y artística, puede consagrarse sin interferencias a su tarea excelsa.

Guillermo Labarca es un caso típico de la imposibilidad de nuestro escritor para vivir por y para la belleza. Sólo en el alba de su juventud pudo darse a la actividad literaria, para la cual tenía extraordinarias aptitudes, alcanzando a dejar obras que habrán de sobrevivirle y que fueron normativas en su época. Repasar su labor, creada en sus años de estudiante universitario, es un placer espiritual, a la vez que una congoja íntima, al pensar en cuánto pudo dar con la meditación perseverante, la experiencia y la constancia, ese fino y vigoroso estilista, ese observador sagaz y certero, que veía en el paisaje armonías de conjuntos y contrastes de detalles, tonalidades sutiles que inadvierte la mirada común.

Al Amor de la Tierra, publicado en 1905, fué tal vez la primera colección de cuentos criollistas de mérito, en el orden cronológico. En esos años estaban en formación nuestros escritores llamados a prestigiar la escuela naturalista o criollista, hasta darle un relieve y extensión no alcanzados por ningún otro movimiento literario en Chile. Pezoa Véliz, d'Hálmars, Baldomero Lillo, Maluenda, Víctor Domingo Silva, hacían sus primeras armas con Guillermo Labarca, y en esa promoción ilustre nuestro autor se destaca en primera línea. Es de los elegidos y parece que al igual de sus compañeros de armas va a enterar una vida de creaciones fecundas y depuración sostenida. ¿No basta acaso el arte, la interpretación de la vida, la ficción, para llenar una existencia afanosa y anhelante de servir a la sociedad? ¿No es el escritor el verdadero orientador del grupo, exaltando las almas con la belleza de la naturaleza, que él descubre, si no crea, y entrega a los demás para un goce

indefinido? ¿No destaca él con claridad meridiana los vicios y defectos humanos y sociales y hace inevitable la corrección de ellos, realizando así una misión inicial a la del sociólogo y el político? ¿No enriquece los sentimientos y las ideas, abriendo los horizontes de la sensibilidad y la imaginación, afinando los caracteres, madurando las almas, dando a las sociedades un espíritu y un afán de superación que no tenían, antes que el premonitor diga la vida superior que duerme en su interior y se despierta y exalta con los choques duros de la realidad

La misión social del arte es la fundamental y ella será tanto más validera cuanto más capaz sea el grupo, por su afinación y captación, para recibir las sugerencias de los inspirados. El escultor que crea un bello tipo de mujer y lo expresa en el mármol o el bronce, embellece a todo el género humano, por la virtud plástica de la vida. Las sociedades ideales forjadas por los grandes soñadores se verán tarde o temprano interpretadas por la vida. No es la limitación de los poderes del arte, sino la necesidad de corregir de inmediato las deficiencias por medio de la acción social, lo que mueve al escritor americano a descender del plano estético para bregar dolorosamente en el mundo de las realidades. Así fué cómo Guillermo Labarca hubo de soltar la pluma en hora temprana, para laborar fecundamente en la educación, la política, la administración pública, ambientes en que realizó obra útil, tal vez más premiosa para una sociedad naciente que la obra literaria.

En revistas de su tiempo, Labarca dió a luz una serie de poemas en prosa, bajo el título de "Tanagra", las cuales fueron muy celebradas, por la novedad del género entre nosotros y por sus calidades de estilo, su riqueza subjetiva y la simbólica significación de los temas. Federico Gana había de señalarse en el mismo género con sus recordadas "Manchas de Color". Más tarde Pedro Prado había de llevar esa forma literaria a su máxima perfección en "Los Pájaros Errantes", "La Casa Abandonada", "Los Diez".

"Al Amor de la Tierra" es una colección de cuentos de se-

guro valor. A pesar de su juventud, el escritor aparece armado de condiciones superiores, que son habitualmente el fruto de la experiencia y la decantación. Estilo conciso, certero, de contenida fuerza y rico colorido; hábil selección de los asuntos; conocimiento efectivo de la gente de campo, sus costumbres y de las formas de adaptación a su ambiente. Se suceden con naturalidad y propiedad las aguas fuertes, los cuadros idílicos, las escenas numerosas y movidas, los episodios tradicionales del agro en que se engarzan las pasiones y desembocan en la placidez o la tragedia. El libro merecía holgadamente las reediciones. Pero nuestro ambiente literario es versátil y cuando ve que un escritor se traslada a otros campos de actividad, lo mira como un desertor de las letras y deja de seguirlo. Se inicia el pequeño volumen con un aguafuerte, "En la Campaña", cuadro de costumbres camperas muy bien logradas. Juan Ramón es un amansador resuelto y corajudo, que siente encendidas sus audacias de centauro por los atractivos de Vitalia, típica flor del Valle Central. "Bravía, orgullosa, flor agreste crecida al abrigo de los perales, se imponía a todos con su arrogante facha y el puñado de burlas que burbujeaba a menudo en sus labios, rico panal que guardaba al mismo tiempo las abejas punzadoras de la sátira. Y envanecida de la culminante situación que le proporcionaba su hermosura, empeñábase en conservar a los ojos de los hombres inexpugnable apariencia".

El autor nos hace ver con avidez la escena riesgosa de la amansa, el caballo que corría "los remos casi horizontales, el vientre próximo al suelo, sudoroso, espumantes los belfos, hasta que se vino recto contra la pirca del camino". Jinete y cabalgadura ruedan al suelo. Vitalia, la orgullosa y desdeñosa beldad agreste, al ver herido a su amador siente que se precipita en su interior la ternura nebulosa, y depone todos sus desdenes, que "al beso santo del dolor, florece espléndido el ignoto capullo del cariño".

"Después del Trabajo", otro de los cuentos, es un cuadro idílico de placidez campesina. No es propiamente un cuento, sino

una escena de la familia labriega, cuando la serenidad del atardecido va coronando de estrellas la fatiga del trabajo y el labrador y su mujer se abandonan a la ternura de los hijos. "La luna plateaba la punta de los cerros, y el valle entero, los árboles y los sembrados, se adormecían en profundo sosiego, sin que se percibiera otra cosa que vagos rumores que venían de muy lejos, quien sabe de dónde, como si fuesen la respiración de la tierra que se hubiera acostado también a descansar..."

"Al Son de la Vihuela" es un relato en que alternan las luces y las sombras, la alegría y la tragedia que acompañan las vidas sencillas e impetuosas de la tierra, donde las pasiones se encabritan como las bestias montaraces. Vemos una fonda en todo el esplendor de sus cuecas, el donaire de las parejas en el asedio amoroso del baile criollo, el galán que se arrodilla al final de sus rodeos y ofrece a la hembra jocunda su ancho pecho rendido. La esposa del seductor se mustia y empequeñece en un rincón, mientras la arrogante usurpadora la humilla con su triunfo evidente, ante la especulación maligna de la concurrencia. Pero a la salida se enredan las rivales en crespito entrevero, y al ver el marido que ha rodado por tierra su cónyuge, que lleva en su vientre el fruto de su amor, reacciona virilmente y deja en la estacada a la orgullosa seductora. Dar la síntesis de un relato es engañoso. Esquemáticamente todos los cuentos se parecen. No es lo que se cuenta, sino la manera de contar y cantar lo que cuenta. Es el autor el que pone su acústica cordial, la perspectiva profunda, la trepidación de las pasiones, el realismo de relieves musculosos y la enigmática grandeza del paisaje, en cuyo seno se desenvuelven las violentas vidas elementales.

Uno de los pasajes que se nos graban con fuerza irresistible es el de ese mozo campero, que ve a su novia arrebatada por su propio padre, quien a falta de juventud ofrece a la familia de la muchacha el áureo magnetismo de sus doblones. El novio burlado viste sus mejores atuendos, enjaya a su caballo con sus mejores jaeces. Cuando el cortejo vuelve del pueblo a la hacienda, y el

padre del burlado galán se lleva a la querencia la codiciada doncella, el muchacho, que ha libado y celebrado la boda animosamente, lanza a toda carrera su cabalgadura y con un violento giro la precipita a un hondo barranco, donde el hombre y el animal forman una masa de huesos y sangre. Todo el paisaje parece quedar extático ante el rasgo de coraje y desesperación. Allí termina el autor su relato, pero el lector sigue resonando con el eco de la tragedia en el padre que quiso arrebatarse el amor de su hijo, y en la novia, sumisa a los cálculos de la senectud.

"El Acriminado" es otro cuento de fuerza trágica. Labarca relata con poderosa objetividad. Su actitud es impasible, no fuerza la voz ni espanta su gesto al llegar a los dramáticos desenlaces. Presencia los hechos con la serenidad de los árboles y las montañas. Pero la emoción contenida llega así más punzante al lector, herido por la escueta sobriedad de la narración.

Algunos de los cuentos de este libro obtuvieron premios en certámenes y la obra en conjunto fué muy celebrada por la crítica. Lo merecía holgadamente y debe ser reeditada. No somos tan ricos en valores literarios como para dejar caer obras de este calibre, que siguen siendo modelos en su género.

Luego después de "Al Amor de la Tierra", Labarca publicó su novela "Mirando al Océano". Novela breve y ceñida, que muestra, sin embargo, un singular contraste con los relatos del primer libro. En los cuentos hay mucha acción, variedad temática, concisión y dramatismo. En la novela, que tiene acertados atisbos psicológicos, la acción es lenta, voluntariamente retardada, y todo se desarrolla en una bruma de ensueño y sonambulismo. Las figuras parecen diluídas en la niebla, se esfuman ante la monotonía y la lejanía del mar que respalda a los personajes y sus lentas evoluciones. Se siente la rudeza de la vida militar, el servilismo como norma habitual, inadvertido por quienes lo profitan y lo sufren, en fuerza de la costumbre. El conscripto, atraído por la mujer del jefe de su grupo militar, siente languidecer sus ansias y anhelos, ahogados por

la rigidez de la disciplina y las distancias de jerarquías y rangos. Es una pasión silenciosa y subjetiva, que no alcanza a aflorar sino vagamente a la superficie, como los dorsos de las toninas que rayan a veces al verde monótono del mar. El diario de un conscripto en una guarnición austral es lánguido y laxo como la vida militar, envuelto en la lluvia y la bruma como los mares y las islas ásperas de esas remotas soledades. La naturaleza aplasta y borra a esos hombres, cuyas vidas discurren entre la doble monotonía de un paisaje que no los incorpora y de un convencionalismo automático de cuartel, al que son íntimamente ajenos. Y el amor que puede ser luz y llama de esas vidas tenues no llega a formularse.

Una novela de este género, exenta de todo dramatismo y relieve en los hechos, es singularmente difícil. Acusa la mano maestra del autor, que se impuso voluntariamente una norma difícil y renunció al incentivo episódico y a los trazos violentos, para darnos la monotonía de ritmo y color del cielo y del mar, en cuyos horizontes de brumas los seres toman matices de silencio y soledad.

Quizás el rigor del género criollista, en sus primeros tiempos, que impide al autor vaciar sus ideas y convicciones en el relato, ante el cual debe ser un espectador impasible, es una limitación para el hombre, que no puede vaciar en el cauce literario su rica personalidad. Por otra parte, nuestra sociedad en el primer decenio del siglo, poco permeable a la influencia del arte, que quedaba flotando como la nube que no se deshace en lluvia fecunda, indujo a nuestro autor a laborar el ambiente desde otros planos de acción más inmediata en la colectividad. Ante la impasibilidad de nuestras sociedades latinoamericanas, muchos escritores y artistas derivan hacia la bohemia, donde creen hallar un refugio contra la incompreensión ambiente. Bello, Lastarria, Sanfuentes, Jotabeche, Rodríguez Mendoza, etc., debieron también pasar de las letras a la política en busca de campo propicio para encarnar sus ideales. Tal fué la trayectoria de Labarca, en quien el escritor dejó paso al político y al educador para hacer vida su arte en forma más rápida y eficaz.

Al tender la mirada retrospectivamente sobre esta vida tan fecunda y laboriosa, sería injusto no recordar que el autor de "Mirando al Océano" halló en su esposa, la escritora y educadora Amanda Labarca H., la fiel compañera de su vida, de sus sueños y esperanzas. Dos seres de análoga selección, que conviven por largos años, terminan por tener un alma común en dos cuerpos, y fusionan sus anhelos e inquietudes, su afán de progreso y de bien, sosteniendo un diálogo que dura una vida y que se acentra y se intensifica en la colaboración cordial y el juego de las ideas. Ejemplarmente fecunda es la vida de los esposos Labarca, laborando en campos diversos, espíritus gemelos en larga vida de esfuerzo y superación constante.

Cuando Guillermo Labarca había cumplido ya una vida plena de derivaciones útiles y de creación en las letras, la política, la administración, y podía acogerse al reposo que tantos divisan como el miraje soñado, fué golpeado por ruda enfermedad. Pudo sentarse a descansar con sobrado derecho y títulos a la gratitud del país. Pero era de los fuertes, de esas almas forjadas de dinamismo y de luz, que se engrandecen en la tormenta. Todo lo que no me mata me hace más grande, dijo el amargo Nietzsche ante la porfiada agresión de la adversidad. Roosevelt, herido por la enfermedad, crece y se hace legislador y organizador del universo. Nelson, mutilado, conquista sus mayores glorias navales. La superación de la adversidad es la prueba de fuego, el agua regia que no alcanza a morder los caracteres grandes y firmes. Así nuestro escritor, cuya vida se extinguió como día sin penumbra.